



REFLEXIONES - ENSAYOS

LA MUERTE Y EL DUELO

DEATH AND MOURNING

***Oviedo Soto, SJ., *Parra Falcón, FM., **Marquina Volcanes, M.**

*Magister en Enfermería. **Doctora en Medicina. Universidad de los Andes.Venezuela.

Palabras clave: muerte, duelo, etapas

Keywords: Death, Mourning, Stages.

RESUMEN

Muerte es todo fenómeno en el que se produce una cesación de la vida y en especial de la vida humana. Este escrito busca argumentos sobre la muerte y el proceso consiguiente del duelo; se abordan algunos conceptos referidos a la muerte, aspectos relacionados con lo entendido por muerte biológica y social, así como una revisión a través del tiempo del manejo de los ritos funerarios, que de alguna manera favorecen la aceptación de ésta para las personas que afrontan este suceso. Se estudian las etapas que se transitan en el difícil proceso del duelo.

En un sentido por entender la muerte, encontramos el duelo, con un conjunto de representaciones mentales y conductas vinculadas que nos proporcionan elementos para la elaboración efectiva de dicho proceso.

ABSTRACT

Death is all phenomenon in which a cessation of life and, particularly, human life takes place. This study looks for arguments about death and the consequent process of mourning; some concepts referring to death are employed, aspects related to what is understood by biological and social death; as well as a revision through time of the handling of funeral rites, that somehow favors the acceptance of this for the people who confront this event. The stages passed through during the difficult process of mourning are studied.

With the intention to understand death we found that in mourning, a set of mental representations and accompanied conducts provides elements that make the elaboration of this process effective

INTRODUCCIÓN

La vida es un conjunto de situaciones, desafíos, alegrías y pérdidas; es un proceso dinámico que requiere una adaptación y un ajuste continuo para poder mantenerse. Tal como afirmó Weismann: "la duración de la vida está gobernada por necesidades de la especie, la existencia ilimitada de los individuos sería un lujo sin una correspondiente ventaja evolutiva"⁽¹⁾. En efecto haciendo memoria sobre los procesos ontogénicos, es importante afirmar que los seres vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren.

Por consiguiente, la muerte es el destino inevitable de todo ser humano, una etapa en la vida de todos los seres vivos que constituye el horizonte natural del proceso vital. La muerte es la culminación prevista de la vida, aunque incierta en cuanto a cuándo y cómo ha de producirse, y, por lo tanto, forma parte de nosotros porque nos afecta la de quienes nos rodean y porque la actitud que adoptamos ante el hecho de que hemos de morir determina en parte cómo vivimos⁽²⁾ la muerte del otro, más aún cuando es cercana tendrá un mayor impacto en quien la presencia, y suele desencadenar un proceso reflexivo en torno a la posibilidad de la propia.

Considero que el vivir la muerte de nuestros seres más queridos es un suceso tan fuerte, que se tiene que atravesar todo un proceso de duelo, en el que se pondrán de manifiesto todos los mecanismos de defensa, antes de conseguir llegar a la aceptación de este acontecimiento. Es por esta razón, que este escrito quiere aportar algunas consideraciones sobre la muerte, y así mismo, abordar las etapas que se transitan durante el duelo, mediante la revisión de lo planteado por diferentes autores.

EL PROCESO DE MUERTE

La muerte es universal y nadie escapa de ella, sin embargo cada cultura la ha vivido y la ha asumido de diferentes formas, puede sobrevenir de manera repentina o gradual, es decir, su llegada puede preverse o ser en un momento determinado. El proceso de la muerte no se ha modificado, pero las actitudes, las creencias y las conductas que lo rodean son tan variadas como los individuos que la practican.

Algunas definiciones de muerte consideran que este hecho es lo contrario a la vida, la muerte es en esencia la extinción del proceso homeostático, por ende, el fin de la vida⁽³⁾. En el pensamiento médico del siglo XVIII, la muerte era a la vez el hecho absoluto y el más relativo de los fenómenos; era el término de la vida y, asimismo, el de la enfermedad si estaba en su naturaleza ser fatal a partir de ella el límite se alcanzaba, la verdad se cumplía y por ello mismo se tranqueaba: en la muerte, la enfermedad llegaba al fin de su carrera, callaba y se convertía en algo de memoria⁽⁴⁾. Este pensamiento se admite aún en nuestros días donde se considera que la muerte viene a ser el hecho que apacigua el sufrimiento que padecen las personas con enfermedades que causan dolores intensos e intolerables.

Hubo un tiempo en que la muerte del hombre era una muerte semejante a la de los otros animales; es decir, el ser humano recién separado del mundo de la naturaleza todavía no se había formado una conciencia en relación a su muerte; pasaron muchos milenios (posiblemente más de 1000 milenios) para que surgiera una ideología acerca de la muerte biológica y social⁽⁵⁾. Por consiguiente se entiende por⁽⁶⁾ muerte biológica, el cese irreversible del metabolismo de todas las células del cuerpo; el principal criterio diagnóstico sería la putrefacción del cuerpo; se iguala la muerte del hombre con la muerte de las células del organismo, hecho para el que Morin refiere que tras los trabajos de Weissman y Metchnikoff

y de las más recientes experiencias de Woodruff, Carrel, Metalnikov, la biología puede afirmar que lo que caracteriza a la mayoría de organismos vivos es la inmortalidad y no la muerte. Criterio que está basado en que las células vivas unicelulares se reproducen por bipartición, es decir por desdoblamiento hasta el infinito, y solo encuentran la muerte cuando el medio exterior le hace la vida imposible⁽⁷⁾.

Lo descrito por estos autores en nuestros tiempos es una verdad que ha encontrado respuestas en el proyecto del genoma humano, donde se han logrado grandes avances para la cura de enfermedades y se continúan estableciendo fórmulas para crear al ser humano inmortal y perfecto, será quizás que queremos parecernos a Dios. No se trata como dice Galindo⁽⁸⁾, de que el ser humano abandone sus ganas de querer ser como Dios (a fin de cuentas, somos hecho a su imagen y semejanza), pues iría en contra de lo que el hombre está llamado a ser por vocación creatural, sino que lo haga con mucha responsabilidad ética para no malograrse en el intento y tampoco arruinarle la suerte a las demás criaturas.

Resulta oportuno exponer lo planteado por Morin, donde explica que la muerte resulta de las condiciones especiales de organización de los seres evolucionados⁽⁷⁾; asimismo Maturana refiere que cuando algo se desorganiza ya no existe más, se desintegra y pierde su identidad de clase, la muerte de un ser vivo consiste en la pérdida de la organización propia de lo vivo en aquella unidad compuesta que era un ser vivo. Jamás se está un poquito vivo o un poquito muerto, uno está vivo o está muerto⁽⁹⁾.

Ahora bien reflejando lo correspondiente a muerte social, cabe destacar que la conciencia social está determinada en cierto grado por la existencia social. No sólo se tiene conciencia de existir en el seno de una sociedad determinada sino que también vivimos en el mundo de la naturaleza, se vive y se muere en un contexto social⁽⁵⁾; asimismo siendo el hombre un ser social por naturaleza donde su desempeño social se mide por su rol, su rol le da un estatus y este estatus le da la fuerza social, se plantea que con su pérdida física se inicia el olvido, un olvido para la familia, para la sociedad y una progresiva transformación hacia lo que sería un cadáver social, dándose así un tipo de muerte social.

La muerte social⁽⁵⁾, encierra otros elementos que tienen relación con el trabajo social realizado por el ser humano en el seno de la sociedad; cuando el ser social no es capaz de incorporarse a un proceso de producción de bienes o tareas fundamentales para la supervivencia del grupo, ese hombre está muerto socialmente aunque se encuentre vivo biológicamente. Por lo tanto, el significado social de la muerte se presenta en la propia vida, es cuando estando vivos no somos útiles ni a nuestro grupo social o familiar ni a la sociedad a la cual pertenecemos.

LA MUERTE Y SUS RITOS FUNERARIOS.

En los albores de la humanidad el hombre se sentía temeroso, inseguro y limitado. La limitación de la vida se corresponde con la limitación de la muerte⁽⁵⁾. Según Sócrates a la muerte no le corresponde ser temida, porque nadie sabe en qué consiste. Tenerle miedo es pretender ser sabio sin serlo. Por tanto, Sócrates tiene una actitud racional frente a la muerte, es decir, basada en el poder de la razón. Por otro lado, para Sócrates hay una esperanza auténtica de que la muerte sea un bien. Porque la muerte puede ser un dormir eterno sin sueños, lo cual sería ganancia; o bien, un ingreso a un mundo donde podemos entrar en contacto con nuestros antepasados, lo que también sería una gran felicidad⁽¹⁰⁾. Para Heidegger, uno de los más notables filósofos del siglo XX, nos remite a uno de los rasgos característicos del *dasein* (ser-ahí) que es el hombre entendido en tanto es un "poder-ser", un ser especial por el criterio que posee, por el cuidado que tiene por su

existencia, que se desenvuelve en el mundo a partir de sus propias elecciones, la muerte, en tanto es una posibilidad para *el dasein*. El morir no es un hecho dado, sino un fenómeno que hay que comprender existencialmente, y esto en un sentido señalado que hay que acotar aún con más precisión ⁽¹¹⁾, considero que el fin último al que se refiere este gran autor es que el comprender a la muerte como una posibilidad le da sentido a nuestra vida, pues nos hace descubrir el valor de ésta en nosotros.

En esta perspectiva hace aproximadamente 100.000 años el hombre inicia los ritos o ceremonias fúnebres; según Cassirer los ritos funerarios o cultos a los muertos se originan por esa misma causa del temor a la muerte ⁽⁵⁾. Por esto desde siempre los diferentes pueblos del mundo han empleado los ritos que le permiten al hombre hacer una despedida decorosa y le dan la posibilidad de compartir un acontecimiento al parecer único y personal.⁽¹²⁾

Los rituales funerarios, además, han sido asociados desde la antigüedad como medio para certificar la muerte, y como medio para facilitar el arribo a su lugar de destino mediante actos religiosos o paganos. También se han visto como un método para alejar y espantar malos espíritus, o para evitar que el muerto luego se apareciera y perturbara a los vivos.

Asimismo se usaba el ritual para que el difunto ayudara de alguna forma en la mediación entre los vivos y la deidad a la que se le profesaba culto. Por último, los ritos sirvieron para facilitar la adaptación de los vivos a la nueva realidad, logrando aceptar que sí ocurrió el hecho y que se debe seguir adelante. Los ritos en la antigüedad se dan desde hace cerca de 4000 años en Babilonia, donde se cambiaba el ritmo normal de la ciudad. Había un marcado dramatismo con llanto intenso, rasgado de vestiduras, golpes de cabeza y pecho, heridas en el rostro por arañazos y arranque de pelos de la cabeza y barba. También se podían presentar sacrificios de animales y de humanos. En los ritos romanos en Grecia y Roma, el entierro de los muertos era un deber sagrado, ya que negarse a hacerlo significaba condenar su alma a errar sin descanso.

En la primera edad media, los ritos estaban acompañados de la familia y amigos, y eran de tipo civil, ya que el papel de la iglesia se reducía a la absolución previa o posterior a la muerte. Alrededor del muerto estallaban violentas manifestaciones de desesperación, que sólo eran interrumpidas por el elogio al muerto. En la segunda edad media, el cambio social llevaba a la dignidad y control de uno mismo en el momento de la muerte, expresaba la angustia de la comunidad visitada por la muerte. El entierro se convertía en una fiesta de la que no estaban ausentes la alegría y la risa que ahuyentaban con frecuencia la rabia. En los siglos XVI, XVII, XVIII, las procesiones se hicieron menos numerosas, se evitaron las manifestaciones de dolor y se buscó sustituir al difunto por otro ser de forma rápida; desde entonces el uso del color negro se hizo general en los ritos. En los siglos XIX y XX, la muerte era algo natural y familiar, la fotografía mortuoria se vuelve común desde mediados del XIX hasta principios del XX, se dejaba un recuerdo eterno del ser querido, se colgaba en la casa y se enviaban copias a familiares y amigos; las pompas fúnebres se transforman en especializados servicios tanatológicos, se crean complejos sistemas funerarios, se fijan normas sanitarias sobre los lugares a donde se llevan los cadáveres. Así surgen los cementerios privados que pasan a llamarse parques o jardines, aparece también la cremación como opción aceptada ⁽¹²⁾.

Dentro de este orden de ideas, ⁽¹³⁾ los investigadores Romanoff y Terencio han publicado recientemente algunos comentarios elocuentes sobre los rituales relacionados con el proceso de duelo, definiéndolos como instrumentos culturales que preservan el orden social y permiten comprender algunos de los aspectos más complejos de la existencia humana.

Según estos autores los rituales proporcionan un modelo del ciclo vital, dan estructura a nuestro caos emocional, establecen un orden simbólico para los acontecimientos vitales y permiten la construcción social de significados compartidos. Esto es bien importante tomarlo en cuenta, cuando nos toca vivir la muerte de un ser querido a la persona que participa en los actos fúnebres se le hace más hacedera la aceptación de la pérdida ocurrida; hecho contrario le sucede a aquella persona que es aislada y muchas veces sedada quizás con la intención de protegerla, porque en sus recuerdos no existen acontecimientos que le reafirmen que la pérdida del ser amado fue real. (Posada).

EL DUELO Y SUS ETAPAS.

El luto y el duelo son formas de vivencia social dramática de la muerte de un ser querido, la función del luto es expresar la tristeza y el dolor que siente el vivo por la partida o desaparición física de un familiar o amigo ⁽⁵⁾. ⁽¹⁴⁾ Duelo es un sentimiento subjetivo que aparece tras la muerte de un ser querido y proviene del latín *dolos* que significa dolor. También es ⁽⁶⁾ estado en el que el individuo transmite o experimenta una respuesta humana natural que implica reacciones psicosociales y psicológicas a una pérdida real o subjetiva (personal, objeto, función, status, etc.). Para Posada, es la respuesta psicológica sentimiento y pensamiento que se presenta ante la pérdida de un ser querido ⁽¹²⁾; por lo tanto es fundamental entender el duelo como un proceso en movimiento, con cambios y múltiples posibilidades de expresión y no como un estado estático con límites rígidos.

Por consiguiente, las teorías ofrecen sistemas de referencia que ayudan a comprender el concepto y la dinámica del proceso de duelo. Cada teoría comprende una serie de fases o etapas por las que pasa el sujeto para resolver el duelo. Sigmund Freud, con “Duelo y Melancolía”, fue el primero en elaborar una teoría del duelo clara y sólida. Afirmaba que el sufrimiento de la persona en duelo es debido a su apego interno con la fallecida. En este trabajo Freud también sostenía que el objetivo del duelo es separar estos sentimientos y apegos del objeto perdido. Como resultado de un proceso de duelo el yo queda liberado de sus antiguos apegos y disponible para vincularse de nuevo con otra persona viva. Este aspecto del desapego de la teoría ha sido cuestionado por evidencias clínicas y empíricas Hay muchos analistas que admiten, en contextos informales, que la manera como hacen el duelo sus pacientes no coincide con la descripción de la teoría del desapego ⁽¹⁵⁾.

En 1944 Lindemann describe las siguientes fases en el duelo inmediato: problemas somáticos, preocupaciones relacionadas con la imagen del fallecido, culpa, reacciones hostiles y pérdida de patrones de conducta ⁽¹⁶⁾. Las etapas de morir para Kubler- Ross, psiquiatra que trabaja con gente moribunda y luego de hablar con casi 500 pacientes terminales describió en 1969 – 1970, cinco etapas en términos de la proximidad de la muerte: 1) Negación: En esta etapa es probable que las personas se sienten culpables porque no sienten nada; se apodera de ellas un estado de entumecimiento e incredulidad⁽¹⁷⁾; ⁽¹⁸⁾ 2) Enojo o ira: se puede expresar externamente. El enojo puede proyectarse hacia otras personas o interiormente expresarse en forma de depresión, culpar a otro es una forma de evitar el dolor, aflicciones y desesperación personales de tener que aceptar el hecho de que la vida deberá continuar; 3) Negociación: se da en nuestra mente para ganar tiempo antes de aceptar la verdad de la situación, retrasa la responsabilidad necesaria para liberar emocionalmente las pérdidas; 4) Depresión: es el enojo dirigido hacia adentro, incluye sentimientos de desamparo, falta de esperanza e impotencia; 5) Aceptación: se da cuando después de la pérdida se puede vivir en el presente, sin adherirse al pasado.

La autora expresa que aunque generalmente estas etapas son dadas en el orden identificado y son comunes en todos los seres humanos cuando nos vemos obligados a

ajustarnos a los cambios en nuestras vidas sean positivos o negativos, no podemos perder de vista que las personas somos seres únicos, no todas pasan por estas etapas en la misma forma ni con la misma duración, quizá nos encontremos en una etapa y regresemos constantemente a otra.

Del mismo modo, ⁽¹⁹⁾ Bowlby ha sido un estudioso del tema del apego y la pérdida, él realiza una clasificación que ordena el proceso del duelo, distinguiendo cuatro fases: 1) Fase de embotamiento, que dura habitualmente entre algunas horas y una semana y que puede ser interrumpida por descarga de aflicción o de ansiedad extremadamente intensas; 2) Fase de anhelo y búsqueda de la figura perdida, que dura varios meses y con frecuencia, años. Muchas de las características de esta fase han de ser consideradas, no sólo como aspectos de pesar, sino también de la búsqueda efectiva de la figura perdida, que va unida al comportamiento de apego que es una forma de conducta instintiva que se desarrolla en la persona como un componente normal y sano. En tal caso, siempre que una figura a la que se está apegado está inexplicablemente ausente, la ansiedad de separación como respuesta natural es inevitable; 3) Fase de desorganización y desesperación: Algún tiempo después de la pérdida, al imponerse la noción de la realidad, se intensifican los sentimientos de desesperanza y soledad, la persona acepta finalmente la muerte y cae inevitablemente en una etapa de depresión y apatía; 4) Fase de un grado mayor o menor de reorganización: esta última fase se inicia aproximadamente luego de un año de ocurrida la pérdida. El deudo se encuentra en condición de aceptar la nueva situación y es capaz de redefinirse a sí mismo y al nuevo contexto, el cual no incluye a la persona perdida. Esta redefinición de sí mismo es tan penosa como determinante, ya que significa renunciar definitivamente a toda esperanza de recuperar a la persona perdida y volver a la situación previa. Hasta que no se logra esta nueva definición, no pueden hacerse planes de futuro.

Llama la atención, lo propuesto por Worden⁽²⁰⁾, quien refiere que una de las dificultades al usar el enfoque de las etapas en el proceso de duelo es que las personas no atraviesan etapas en serie; un enfoque alternativo es el utilizado por Bowlby, Parkes donde definen fases para las etapas del duelo, al igual que las etapas, se encuentran solapamientos entre las distintas fases y son poco diferentes. Este autor expone que utilizar el concepto de tareas para entender el proceso del duelo es más acorde ya que implica que la persona en duelo ha de ser activa y puede hacer algo en su recuperación.

Las cuatro tareas del duelo propuestas por Worden son: tarea I aceptar la realidad de la pérdida: hay que aceptar que la persona esta muerta, se ha marchado y no volverá. Parte de la aceptación de la realidad es asumir que el reencuentro es imposible, al menos en esta vida, llegar a aceptar la realidad de la pérdida lleva tiempo porque implica no sólo una aceptación intelectual sino también emocional; los rituales como el funeral ayudan a muchas personas a encaminarse hacia la aceptación; tarea II trabajar la emociones y el dolor de la pérdida: es necesario reconocer y trabajar el dolor emocional y conductual o éste se manifestará mediante algunos síntomas u otras formas de conducta disfuncional. Si la tarea II no se completa adecuadamente, puede que sea necesario una terapia más adelante, en un momento en que sea difícil retroceder y trabajar el dolor que ha estado evitando; tarea III adaptarse a un medio en el que el fallecido está ausente: adaptarse a un nuevo medio significa cosas diferentes para personas diferentes, dependiendo de cómo era la relación con el fallecido y los roles que desempeñaba. Para muchas viudas y viudos cuesta un periodo darse cuenta cómo se vive sin sus maridos y sus esposas, entender que deben asumir el rol que era ejercido por estos en el hogar, las personas al asumir los roles debe desarrollar habilidades que nunca había tenido y seguir adelante con un nuevo sentido del mundo; tarea IV: recolocar emocionalmente al fallecido y seguir viviendo: para muchas personas esta es la más difícil de completar, se quedan bloqueados en este punto y más

tarde se dan cuenta de que su vida, en cierta manera, se detuvo cuando se produjo la pérdida. La tarea del asesor se convierte entonces, no en ayudar a la persona a renunciar al cónyuge fallecido, sino en ayudarlo a encontrar un lugar adecuado para él en su vida emocional, un lugar que le permita continuar viviendo de manera eficaz en el mundo.

Ha surgido un nuevo modelo teórico del duelo que puede verse como una alternativa o como producto de la evolución de la corriente teórica clásica. Niemeyer ⁽¹³⁾ realiza un análisis del proceso del duelo desde una perspectiva constructivista. Este autor define duelo como una reconstrucción de significados y destaca lo particular y lo activo en el proceso de duelo, a diferencia de lo universal y pasivo de los autores más tradicionales. La elaboración del duelo está determinada no sólo por las emociones, sino también por el contexto relacional y los significados únicos del doliente, los que tienen que ser reconstruidos después de la pérdida. La cultura y las creencias espirituales son determinantes relevantes del significado particular de la pérdida para cada persona. En términos del trabajo de duelo, este nuevo enfoque plantea, al igual que la postura más tradicional, que se necesita reconocer la realidad de la pérdida y abrirse al dolor. La diferencia se presenta principalmente en lo que se ha llamado fase de reorganización o restablecimiento, cuyo objetivo está determinado en forma importante por la concepción de lo que es un duelo elaborado. La propuesta de Niemeyer fundamentalmente permite una mayor amplitud en los procesos que llevan la elaboración.

Esta amplitud significa que no necesariamente el deudo debe dejar ir o renunciar a la relación con la persona desaparecida; la mayoría de los deudos sigue sintiendo la presencia de la persona fallecida y manifiestan que esto les proporciona consuelo y les anima a seguir con su propia vida, las personas manifiestan tener sensaciones asociadas a la presencia de su deudo y que sienten inclusive cómo se sienta en su cama. Estas evidencias son incorporadas por Niemeyer, quien postula que la muerte transforma las relaciones con la persona querida, en lugar de ponerles fin. Esto implicaría que no es necesario distanciarse de los recuerdos del ser querido, sino convertir una relación basada en la presencia física en otra basada en la conexión simbólica, conservando esta relación que fue fundamental para nosotros en el pasado, podemos dar continuidad a una historia vital interrumpida por la pérdida, emprendiendo el duro trabajo de inventar un futuro lleno de sentido.

Por otra parte, se postula una reconstrucción de significados que permite contemplar las creencias particulares, teniendo como telón de fondo la cultura a la que uno pertenece, sin connotaciones a priori de anormalidad. Por último, la amplitud en la elaboración del duelo permite incluir el crecimiento. El mundo de la persona queda transformado por la pérdida. La reconstrucción de un nuevo mundo de significados que tenga sentido no necesariamente lleva a la normalidad previa a la pérdida, sino que da la oportunidad de llegar a un estado de mayor desarrollo personal.

Por último y sobre la base de lo expuesto, concluyo este escrito manifestando que sin duda hay que elaborar el proceso del duelo, a través del cumplimiento de sus tareas que se deben hacer por completo y a la medida de nuestras capacidades. Hay que aceptar la realidad de la pérdida por difícil que sea, así como expresar completamente todos los sentimientos respecto a ella. Posteriormente se debe aprender a vivir sin el ser querido para luego volver a interesarse por la vida y los que aún están vivos, así el ser humano reencontrará su sentido de la vida y podrá continuar vivo y motivado a pesar de las condiciones y no gracias a ellas. No debemos olvidar que el personal Médico y de Enfermería debe valorar la capacidad y los recursos que tiene la persona en duelo para poder hacer frente a sus pérdidas. Por medio de la estimulación de niveles de respuesta eficaces y del apoyo físico y emocional, sin olvidar que la integración a grupos de autoayuda también dará beneficios para la superación del duelo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Luz R G. Cultura, Sociedad y Muerte. Escuela nacional de antropología e historia. [acceso el 28 de Julio de 2007]. Disponible en: <http://foros.paralax.com.mx/discus/messages/4196/48444.html>
2. Comité para la Defensa de la Vida. La Eutanasia. [acceso el 28 de Julio de 2007]. Disponible en: <http://www.conferenciaepiscopal.es/documentos/Conferencia/comisiones/ceas/familia/eutanasia.htm>
3. Wikipedia. Enciclopedia libre. [acceso el 10 de Agosto de 2007]. Disponible en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Muerte>.
4. Foucault M. El nacimiento de la clínica. Siglo veintiuno editores. México, 1963; 200.
5. Malpica C, Lanz R, León A, Planchart A, Gomez J, Castellanos D; et al. Filosofía en la medicina II. Universidad de Carabobo. Valencia-Venezuela; 1995. p.p 254-57, 261
6. Gonzalez E. Aspectos culturales y religiosos de la muerte a lo largo de la historia. [acceso el 18 de Julio de 2007]. Disponible en: <http://www.monografias.com/trabajos41/la-muerte/la-muerte.shtml>
7. Morin E. El hombre y la muerte. Barcelona- España: Kairós; 1974. p. 330
8. Galindo CG. La Bioética en la sociedad del conocimiento. Santa Fé de Bogotá-Colombia:3 R editores; 1999.
9. Maturana RH. Transformación en la convivencia. Santiago-Chile: Dolmen S. A;1999. p. 89.
10. Huerta AR. Apología de Sócrates. [acceso el 22 de Julio de 2007]. Disponible en: <http://www.geocities.com/sapiencia.geo/socrates.htm>
11. Heidegger M. El ser y el tiempo. (Trad. XI. de Gaos. J). Madrid-España: Fondo de Cultura Económica. (Original en alemán, 1927) 2001; p. 22, 258.
12. Posada RS. El manejo del duelo. Una propuesta para un nuevo proceso. Bogota – Colombia:Norma; 2005. p. 10, 21.
13. Neimeyer R. Aprender de la perdida. Barcelona-España:Piados; 2002 p.p 101, 75,76, 122-139.
14. Aguila A. Duelo y depresión. [acceso el 2 de Agosto de 2007]. [online] Disponible en: <http://www.psicoterapiaintegral.com/articulo/duelo%20y%20depresion.htm>
15. Baker JE. El Duelo y la Transformación de las Relaciones de Objeto. [acceso el 2 de Agosto de 2007].. Disponible en: <http://www.aperturas.org/16garrigabaker.html>
16. Ripoll EJ. El duelo, familia y donación. [acceso el 12 de Agosto de 2007]. Disponible en: http://donacion.organos.ua.es/info_sanitaria/proceso/el_duelo2.htm

17. Papalia, DE, Wendkos, OS. Desarrollo humano. 7ª ed. Colombia: Mc Graw-Hill-Interamericana; 1997. p. 637.
18. Castro GM. La inteligencia emocional y el proceso de duelo. México: Trillas; 2006. p.108.
19. Bowlby J. Vínculos afectivos. Formación, desarrollo y pérdida. 3ª ed. Madrid-España:Morata; 1999. p.p 107-8, 111.
20. Worden W. El tratamiento del duelo asesoramiento psicológico y terapia. 1ª ed Barcelona-España:Paidós; 1997. p.p 59-60,27,30,32-33, 34-36.

ISSN 1695-6141

© [COPYRIGHT](#) Servicio de Publicaciones - Universidad de Murcia